



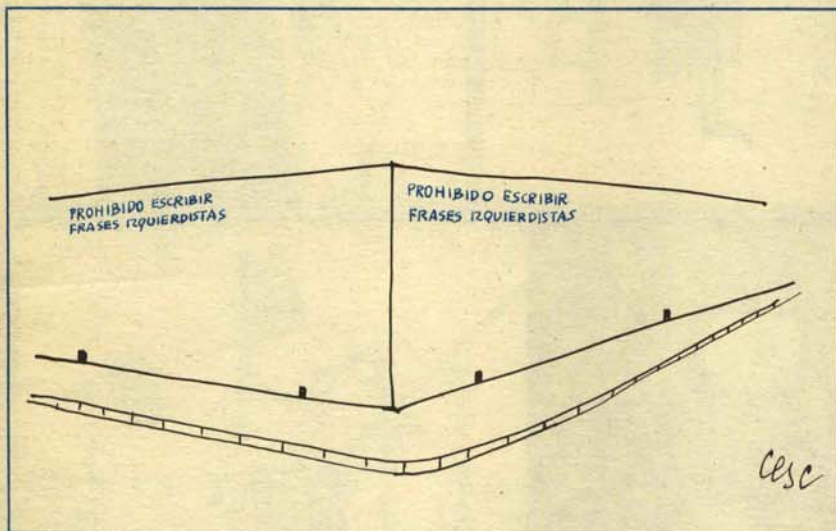
HERMANA ALCOHOLEMIA

El acoso contra el conductor de automóviles se acentúa. Quizá, en el futuro, tenga que pasar a la clandestinidad. Atado a su asiento por un cinturón de seguridad, sometido a la lectura simultánea de las señales imperativas, oreja alerta al silbato del hermano guardia, insultado por sus congéneres, errante en busca de estacionamiento, obsesionado por la hermana grúa, insultado por sus congéneres, atormentado por la voz de sus hijos interpretada astutamente por la RENFE —«Papá, ven en tren»—, reconvenido por la compañera de su vida, hundido en la miseria por los talleres de reparaciones, soportando la crisis de Oriente Medio en el precio de la gasolina, este desdichado personaje verá ahora multiplicado el castigo de sus muchas faltas por el valor de la tasa de alcohol que pueda existir en su sangre. Tendrá él mismo que adquirir y llevar en su coche el aparatito que puede ser su ruina. Es sospechoso de borrachera. ¿Y cómo no bebería, aunque no fuese más que para olvidar su triste condición? Por alguna razón la sociedad ha fijado su ojo terrible en el conductor. Se le supone víctima de la alcoholemia, palabra antes sabia y reservada, popular ahora a costa del conductor.

Y ¿por qué sólo del conductor de vehículos? ¿No hay otras actividades en la vida nacional que podrían considerarse como gravemente afectas por la hermana alcoholemia? ¿No es una discriminación? ¿No habría de aplicarse a todos los aspectos de la vida? ¿No convendría hacer soplar por el aparato al guardia municipal que impone la multa? ¿Al maestro de obras que construye una casa, al ingeniero que proyecta un puente, al redactor de una editorial de periódico, a aquel que publica un libro? ¿No sería preciso que el director general o el ministro mostrasen al ciudadano su tasa de alcoholemia cada mañana, antes de ocupar la poltrona desde la que han de tomar enormes decisiones? Ah, son ciudadanos por encima de toda sospecha. Pero cuando esos mismos ciudadanos se convierten en conductores, ya pueden estar por debajo de toda sospecha.

La sociedad no sabe reprimir el automóvil, no sabe prohibir el alcohol. Pero sabe elegir víctimas. El hermano conductor está recibiendo todas las culpabilizaciones acumuladas en nuestro tiempo sin válvulas. Cualquier día podrá decirse que está siendo utilizado por una conspiración exterior, incitando por agentes venidos de más allá de nuestras fronteras. Y que es un tonto útil.

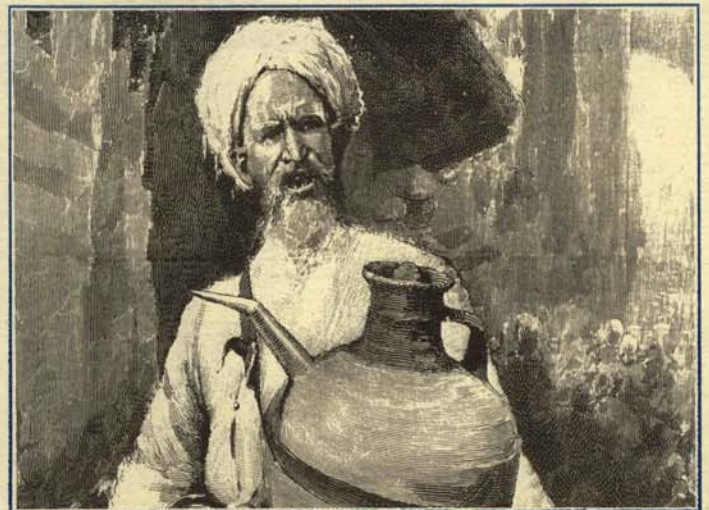
¡ HERMANO FRANCISCO.



EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—Voy a poner un poco de Valdepeñas para mejorar este Burdeos.



—¡Petróleo! ¡Petróleo! ¡Hay petróleo!

